

### EL CINE Y ESTOS PUEBLITOS

Marchamos cerca de la costa, sesgados por arboledas que parecen bombardeadas, tan numerosos son los troncos que derriba el crecimiento de las aguas y el desmoronamiento de las tierras en el río. El Paraná con su velocidad de cinco kilómetros por hora va devorando paulatinamente la orilla. Garzas moras, falconetes, cuervos, trazan grandes círculos en torno de los bosquecillos que, por momentos, presentan sus copas plateadas por el sol.

Ya no se distinguen más animales pastando en la costa. Ahora es monte y bosque, ombúes y paraísos, ramazones intrincadas, y dándoles apariencias de viejas encapuchadas en hábitos rojo-ceniza.

Mas no se trataba de los árboles ni de las garzas moras, ni de los cuervos renegridos como tinteros, sino de los cines en estos pueblos alejadísimos de la capital y el respectivo problema que traen a colación.

Un habitante de Buenos Aires no puede imaginarse lo monótona que transcurre la vida en las poblaciones de estos parajes. O lo primitiva en sus aspectos más esenciales. Y lo terrible que debe ser la sanción, el juicio de la gente, acerca de una conducta que no fuera aparentemente moral. La vida de una mujer en estas poblaciones de provincias controladas hasta la nimiedad por la opinión ajena debe ser sencillamente infernal por la carencia absoluta de libertad. No es posible dar un paso sin ser visto por cincuenta pares de ojos. La clase media de estos pueblos está tiranizada por las estrechas redes de su moral. Por sus conceptos acerca del amor. ¡Y, lo que es más grave, de las relaciones amorosas! No dudábamos que en la monotonía de los días estallaran excepciones, pero estas excepciones no cuentan. La mayoría observa escrupulosamente el decálogo de la moral pequeñoburguesa. No ese éste el lugar de discutir tal derecho, porque sería ridículo. Además, es muy antiguo, frente al que podrían invocar las jóvenes y los jóvenes de provincias. Y por lo tanto presiona. Contra su posible voluntad.

Pero he aquí que por una calle de La Paz, pongamos La Paz, donde no es posible estornudar sin que se enteren media docena de familias (y esto no es chiste), en este pueblo tan serio, tan pequeñín y ajustado a la moral, descubro un cartel que me estremece: "*Hay que casar al Príncipe*". Es una película de Mojica, creo. No la he visto, pero la supongo espantosamente mala. (Tiene la palabra Néstor, a quien, en estos momentos, recuerdo a 900 kilómetros de distancia.) Como iba contando, el cartel no me estremece por el título, sino por su síntesis apasionada: dos bocas de distinto sexo, acopladas en un beso arduo y trabajoso. En la Capital Federal, semejante cartel no hace volver la cabeza ni a los perros, mas aquí, es otro cantar. ¡Vaya si lo es! Esta película guarda semejanza a un cartucho de dinamita, colocado en una catedral. Insisto: no por su significado de contenido, sino por los sentimientos inquietos que está destinada a despertar. En Buenos Aires, los ensueños que despierta una película se controlan con la realidad en cualquier parte. Pero aquí, *aquí*, ¿en dónde se pueden controlar?

Y no se trata de esta película en especial, sino de la sed de pasiones que la cinematografía, en su conjunto, provoca, despierta y agudiza en estos pueblos, creando al margen de la vida rutinaria problemas que

no tienen posibilidad de solución, sino en las vastas ciudades, donde las expansiones de la personalidad escapan al control familiar.

El cine está realizando una tarea revolucionaria en estos pueblos atrasados, donde un comerciante en libros se moriría de hambre. Por otra parte, hay poco dinero para comprar libros, y la lectura requiere una imaginación cultivada, innecesaria ante el espectáculo cinematográfico.

Lamento no poder imaginar cuál será el estado de espíritu de una espectadora de estos parajes, que después de identificarse con la "heroína" de la película, sale a la calle y tropieza con este páramo de almas y la imposibilidad de escapar del círculo de hierro donde se mueve. Máxime si se tiene en cuenta que ella sabe que en la vida práctica de aquí le está prohibido satisfacer las apetencias que el espectáculo ha suscitado en ella.

Imagínense ustedes, ¡Nueva York representado durante una hora en el telón blanco del "Cine La Paz", Berlín, en La Paz, Mónaco, en La Paz, París, en La Paz, Buenos Aires, en La Paz!

La película, diablo tentador, exhibe en el último rincón timorato las audacias de las remotas ciudades, las diversiones sentimentales que se permiten las otras

muchachas. Aquí se reproduce el suplicio de Tántalo. Satisfacciones tanto más ansiadas cuanto menos posible es obtenerlas.

La película pasa, pero la ardiente arenilla suspendida de sus imágenes queda fijada dentro de las conciencias de hombres y mujeres, voltejeando sus espíritus. Yo pienso en estas muchachas cuyos anhelos no pueden satisfacerse dentro del estrecho marco en que se mueven, en las psicologías refinadas y ardientes, blindadas por la imposibilidad, amarradas por la consigna que impone la costumbre de la vida provincial y más que provincial de pueblo, y me pregunto ¿cuántas futuras madames Bovaris respirarán aquí? ¿cuántas existencias amargadas pueden contarse metro por metro, en estas calles de tierra, limpias, pero con fachadas secas y rígidas?

Mientras escribo recuerdo un detalle. Una vez, un compañero que habla frecuentemente por radio, me dijo que recibía abundante correspondencia de las provincias muy al norte. Se la remitían muchachas que deseaban tener una amistad espiritual. Esto es difícil de comprender, si no se ha pasado aunque sea una hora por estos parajes. Pero ¡claro que sí! Si se observa con un poco de sensibilidad no se descubren sino vidas sedientas, a las que los espectáculos de cine agre-

gan la temperatura de su rico trópico de sombras, sin calmar la sed.

De lo que no me queda ninguna duda es que el cine está creando las modalidades de una nueva psicología en el interior. ¿Qué resultado tendrá ello? No lo sé, pero abrigo la seguridad que son numerosas las muchachas que una tarde de domingo, en estas ciudades de provincias, al salir del cine se dicen:

—“No, así no se puede seguir viviendo. Hay que tratar de resolver esto.”

[*El Mundo*, 30/8/1933]